



**NIÑOS DESOBEDIENTES**

## NIÑOS DESOBEDIENTES

Aquella tarde la señora doña Irene, mujer de un modesto empleado y madre de los niños Amalia y Jorge, llamó a la única doméstica que estaba a su servicio y la dijo con muy serio acento:

—Te quedas con los dos niños hasta que yo vuelva, porque voy a una visita de pésame. Ten mucho cuidado de los chiquitines, y no los pierdas de vista, porque son muy traviosos... ¿entiendes?

—Sí, señora, sí; descuide, y vaya tranquila—respondió la maritornes.

Y doña Irene, llamando entonces a los dos niños, y dándoles fuerte beso en sus rechonchas y coloradas mejillas, les hizo estas prudentes advertencias:

—Voy a una visita urgente. ¡Cuidado con no obedecer a chacha Gertrudis!

—Bueno, mamá—contestó Amalia.

—Si sois malos—continuó doña Irene—os castigaré a no comer hoy principio ni postre, pero si sois buenos, en recompensa os regalaré dos mantecadas de las mejores.

—¡Bueno, bueno, mamá!—exclamaron los dos niños palmoteando con alegría.

—Vaya, pues dadme otro beso, y hasta luego. ¡Cuidado niños!

Pero los dos niños tenían el diablo en el cuerpo, como se suele decir, y le daban rienda suelta siempre que la ocasión se les presentaba en forma propicia.

Eran como dos arbolitos que empezaban a crecer algo torcidos, y no había más remedio que enderezarles.

Pues sí, amiguitos míos; el caso fué que la maritornes, apenas doña Irene salió de

su casa, echó a correr por la escalera, y no paró hasta la calle, donde la esperaba su novio.

La vocecita de Amalia resonó al punto en el Gabinete.

—¡Gertrudis!—gritaba la niña.—¡Gertrudis!

¿Cómo había de responderla Gertrudis?

—¡Nos han dejado solos!—murmuró Jorge, con acento de miedo.

—¡Gertrudis, Gertrudis!—repetía la niña.

Y como nadie contestaba, cogió de un brazo a su hermanito, y le dijo con mucha entereza:

—¡No tengas miedo, tonto! Vamos a registrar la casa, y verás como no hay nadie. ¿A quién hemos de temer?

Y al llegar, cuando hacían el registro de la casa, a una puerta que debía estar cerrada, y entonces no lo estaba, Amalia lanzó un grito de alegría.

—¿Qué ocurre?—preguntó Jorge.

—¡Mira, mira!—respondió la niña indicando con un dedito la puerta.

—¿Pero qué he de mirar, Amalia?—preguntó el niño, sin comprender la indicación de su hermanita.

—¡La llave de la despensa, tonto! ¿Pues no ves que no está en la cerradura?

Y Amalia, alzándose lo más que pudo sobre las puntas de los pies, dió vuelta a la llave, levantó el pestillo, empujó la puerta y entró en la despensa.

Jorge la siguió fascinado.

La despensa era el cuarto más resevado para los niños, y por consiguiente el que ellos deseaban escudriñar y revolver a sus anchas. ¡Qué ocasión más oportuna!

(Concluirá)

## SUEÑO FELIZ

Así como vosotros  
soñáis, amados niños,  
con moñas y juguetes,  
y dulces y vestidos,  
yo he gozado esta noche  
con sueños muy distintos,  
que hoy con mucho disgusto  
desvanecer he visto.

Soñé que, habiendo obrado  
los Cielos un prodigio,  
las gentes eran otras  
y el mundo no era el mismo;  
los hombres no anhelaban  
venganzas ni exterminios,  
ni por guardar tesoros  
terrenales y efímeros,  
vivían desvelados  
ni estaban intranquilos.

Las fábricas habían  
por fin substituído  
al cañón y la bomba,  
y al Maúser y al Remingtón,  
la esteva y el arado,  
y el azadón y el trillo;  
y en vez de ser los hombres,  
como antes, enemigos,  
de tal modo estrechaban  
sus lazos de cariño,  
que muy solemnemente  
se habían prometido  
no romperlos en todos  
los siglos de los siglos.

¡Qué tiempos tan felices!  
la vida es un idilio;  
prosperaba el Comercio,  
la Industria y el cultivo  
de árboles y viñedos,  
ganadería y trigos.

Las Ciencias y las Artes,  
puestas en buen camino,  
a más de útiles, eran  
recreo del espíritu,

que en ella se miraba,  
dichoso y complacido,  
pues nunca se ponían  
de lo malo al servicio.  
Pero ¡ay!, pasado el sueño,  
pasó mi regocijo...;  
pero ¿es que es imposible  
que se obre este prodigio?...

Seamos todos buenos,  
dejemos nuestros vicios,  
pasiones y otros muchos  
malévolos instintos,  
y ya que para amarnos  
a todos Dios nos hizo,  
amémonos, y todos  
cumplamos sus designios.

¿No veis a un arquitecto  
planear un edificio?  
¿No veis cómo albañiles  
y artifices, unidos,  
dan forma a las ideas  
del arquitecto, ¡oh niños!  
sin que haya uno siquiera  
que ose hacer su capricho  
hasta que su trabajo  
lo dejan concluído?

Pues bien, el plan hermoso,  
universal, magnífico,  
que nos trazó el Augusto  
Arquitecto Divino,  
es que, los hombres todos,  
por medio de cariño,  
del mundo al fin podamos  
hacer un Paraíso,  
y ya que el Padre eterno,  
dulces amados míos,  
en su saber profundo  
y en su amor infinito,  
esta senda nos traza,  
nos traza este destino,  
sus órdenes cumplamos,  
hagámonos de El dignos,  
que El, a quien le obedezca,  
dará su merecido.

## HACERSE HOMBRE

*(Continuación)*

Narr... narr... narr... narr..., rechinaba la rueda.

A la vez siguiente la cosa le pareció mejor, y hasta llegó a agradecer el «Nirre narr..., nirre... narr..», de la rueda.

—¡Pues si que es divertido esto!—se dijo Diego.

Así siguió una y dos y muchas veces. Por último la escoba bailaba la jota y la pala las sevillanas en su mano; ya no eran ni demasiado grandes ni demasiado pesadas.

Y la carretilla rodaba tan deprisa como si quisiera escaparse, a la par que sus ruedas repetían con mucha rapidez:

«Nirque... narque... nirque.. narque... nirque... narque...»

Al llegar la noche, Diego estaba tan cansado que le dolían piernas y brazos como si le hubieran dado una paliza, pero en cambio el corral estaba limpio como el suelo de un salón.

Y cuando llegó el aldeano para ver lo que había hecho su nuevo criado, éste se sentía todo un hombre. Estaba más ancho que largo. Pero al poco rato el aldeano se apartó y comenzó a contar las gallinas.

Entonces Diego tomó las de Villadiego al acordarse que la zorrilla se había llevado una de ellas.

—Ahora se enfadará el aldeano—se dijo el muchacho—y me pegará una paliza. Así pues salió corriendo y fué a esconderse detrás de la esquina de la casa. Allí estaba cuando asomó su hocico puntiagudo la zorrilla de marras.

—Qué tonto eres—le dijo—no ves que

si te escapas, el labrador se dará cuenta de que tú tienes la culpa de la falta de la gallina? Vete otra vez al corral, dí que se te escapó volando al bosque y no hay cuidado de que nadie vaya a castigarte.

—Pues es verdad lo que dice la zorra—pensó Diego.

Siguió pues su consejo, se volvió atrás y dijo que la gallina se había ido volando al bosque.

—Ya, ya...—dijo el aldeano.

No dijo una palabra más y Diego ya pensaba que había sido muy listo al escapar sin más dificultad.

Pero al sentarse a cenar un poco más tarde, empezó la lumbre a chisporrotear y decir: «chis... chis... chis...», vaya un hombre, que no responde de sus acciones, vaya un hombre, vaya un hombre, chis... chis... chis... Entonces Diego cambió de color, mientras su amo le miraba fijamente sin apartar la vista de él.

Después de un largo rato le dijo por fin:

—Bueno, cuéntame otra vez lo que ocurrió con la gallina.

Entonces Diego contó sin rodeos lo que le había pasado

—Menos mal que has hablado—observó el labrador—porque de lo contrario tú mismo habrías tenido que ir al bosque a reclamársela a la zorra, y esto sí que te habría costado algún trabajito.

Luego se acercó a la puerta y se puso a silbar. Al momento llegó la gallina volando. Puso luego el amo la mano sobre el hombro de Diego. Nunca había Diego sentido una mano tan grande ni tan pesada.

*(Continuará).*